REFLEXIONES

SOBRE EL SERMON

QUE FRAY MIGUEL DE SANTANDER,

AUXILIAR DE ZARAGOZA,

PREDICÓ EN LA IGLESIA DEL PILAR de dicha ciudad el 17 de Mayo de 1810, con motivo de la rendicion de Lérida á los franceses.



EN CÁDIZ.

POR DON NICOLAS GOMEZ DE REQUENA, IMPRESOR DEL GOBIERNO POR S. M., PLAZUELA DE LAS TABLAS. donde se hallará.

REFLEXIONES

Sobre el Sermon que Fr. Miguel de Santander, Auxiliar de Zaragoza, predicó en la Iglesia del Pilar de dicha Ciudad el 17 del mes pasado, con motivo de la rendicion de Lérida á los franceses.

Los hombres crédulos, sin reflexîon, y de consiguiente fáciles de seducir, caerian necesariamente en los lazos que les arma la malicia, si un zelo generoso é ilustrado no ocurriese con oportunidad á prevenirles. Qual deba ser la influencia de un Prelado, respetable por su alta dignidad, por su profesion, por su talento, por el distinguido concepto que el público ha tenido de su virtud, quando desde la cátedra del Espíritu Santo habla en nombre de Dios, y en el tono patético de la eloqüencia para anunciar la verdad á sus obejas, lo acredita la misma dificultad que hay èn persuadirse que aun en este caso pueda tener lugar la impostura y un abuso exêcrable del divino lenguage de la religion. Sin embargo Jesu-christo ha querido exponer la constancia de su divina esposa, no solamente á los ataques de los incrédulos, sino tambien á las negras tramas de la impiedad farisaica, á fin de que, doblemente victoriosa de domésticos y extraños, compareciese mas pura y resplandeciente á sus divinos ojos.

El torrente de iniquidad, en los grandes desenfrenos de las pasiones humanas, suele por lo comun arrastrar en pos de si algunas de aquellas lumbreras del monte santo, destinadas á esparcir su luz sobre la tierra, y quando vemos en estas espantosas caidas los escándalos anunciados en el Evangelio, y un monumento terrible del zelo de Dios por su justicia, no podemos dexar de estremecernos á vista de los escollos que rodean la perseverancia en el bien obrar.

El Obispo auxîliar de Zaragoza, cuyo brillante zelo por la salud de las almas le ha merecido tanto de la Iglesia y de su nacion, mientras que alumno de una milicia santa y edificante no salia de la humilde esfera de capuchino, elevado á la sublime dignidad del Obispado, le vemos señalar su augusto ministerio con el abuso mas criminal de la divina palabra. Mal satisfecho con haberse declarado del bando de un usurpador, de un tirano, de un impío, separado del gremio de la Iglesia Católica por el padre comun de los fieles, cubierto de maldades y de las maldiciones de todos los pueblos; con haberse revelado contra su Rey natural y legítimo, reconocido, aclamado y jurado por la nacion entera, con baber apostatado, en fin, de la santa causa, que tan dignamente sostiene y defiende todo el cuerpo Episcopal de las Españas, ha querido tambien constituirse acérrimo panegirista del crímen y atrocidad de sus candillos,

fautor de la rebelion de los Españoles fieles, y oráculo del error para alucinarlos y pervertirlos. ¡Deplorable extravío del corazon humano infelizmente abandonado á su propia debilidad! pero leccion muy útil para todos aquellos que, desconfiando justamente de si mismos, sienten la necesidad de implorar del cielo la firmeza necesaria para no caer.

Pasemos á oir á este nuevo Oppas en su discurso pronunciado el 17 de Mayo en la Iglesia del Pilar de Zaragoza, con motivo de la funcion celebrada por los franceses en obsequio de la rendicion de Lérida, y dirigido particularmente á todos los christianos Españoles resueltos á sepultarse en las entrañas de la tierra primero que arrastrar el yugo de los modernos Sarracenos.

El texto es tomado del capítulo 9 v. 4 y 5 de los hechos de los Apóstoles y dice: *Saulo, Saulo; por qué me persigues?.... Duro es para ti calcitrar contra el aguijon.* Haciendo luego una aplicacion de dicho texto, empieza comparando los Españoles que defienden la sagrada causa de su Patria con el furioso Saulo, quando abismado en los horrores del judaismo intentaba derrocar la Iglesia naciente de Jesu-christo; añadiendo, que asi como Saulo reputaba justa la causa que defendia, así los Españoles que tratan en el dia de oponerse á una potestad designada visiblemente por el Alto para regir la España, sostienen una causa que equivocadamente reputan justa.

No es posible concebir texto mas absurdo, extravagante y violento en las circunstancias, ni aplicacion mas monstruosa y sacrílega. Los defensores de la Santa Religion de sus padres son comparados con el fiero perseguidor de la Iglesia; la preocupacion de Saulo con nuestro ilustrado zelo, la causa de Bonaparte con la de Jesu-christo, el error del Senedrin con el convencimiento de la España.

Hace ver en seguida que la Providencia por sus inescrutables juicios decreta la elevacion ó ruina de los imperios, y que en tal caso es vano empeño querer contrastarlos ó sostenerlos, porque esto es obra superior á las fuerzas de los hombres; es irritar la ira del Omnipotente; *es calcitrar contra el aguijon.* Para comprobacion de esta verdad recorre la série de los mayores imperios que nos presenta la antigüedad.

„ Los poderosos Asirios cedieron á los fru-„ gales Persas, y estos á los aguerridos Griegos, „ que solo conservaron el imperio del mundo hasta „ que la Providencia determinó trasladarle á los „ austéros Romanos. Todas estas sobervias potes-„ tades, quando el Omnipotente ha querido, se „ han levantado del polvo para derrocar á otras, „ que, mas poderosas en la apariencia, han sucum-„ bido con exércitos inmensos baxo la dominacion „ de un puñado de hombres.

El orador se contrae en seguida á nuestra

Nacion, y manifiesta las vicisitudes que ha padecido, las naciones que la han dominado, y las dinastias que han reynado en ella; revoluciones, dice, que nadie ha podido evitar, porque eran regladas por la mano del Todopoderoso. „Quan„do los Cartaginenses, añade, atraidos por la „golocina del oro, se alzaron con el imperio de „la España, en vano sus pueblos se armaron para „mantener su libertad; en vano estos mismos „Cartaginenses opusieron exércitos formidables á „las tropas romanas quando penetraron en la „península, sus esfuerzos fueron inútiles; no hi„cieron sino *calcitrar contra el aguijon.* Ni hicie„ron otro los Romanos quando un torrente de „bárbaros se derramó por la Europa; ni los Godos „quando la perfidia de Julian abrió las puertas „á los Sarracenos; ni los Mahometanos quando „en las orillas del Xenil arrostraron contra los „victoriosos Castellanos. Era obra del Dios de „las batallas que succesivamente los Cartaginen„ses triunfasen, los Romanos dominasen, los Go„dos venciesen, los Sarracenos tiranizasen, y que „los Católicos, por último, arrancasen de su „Patria la cadena del Arabe que por siete siglos „la oprimia. Y siendo esto así, ¿no fué *calcitrar* „*contra el aguijon* no humillarse á Asdrubal, resis„tir á los Escipiones, combatir en los campos de „Cataluña, hacer frente en Guadalete y defender „á Granada? ¿No lo era tambien, un siglo hace

,, oponerse á la nueva familia por la que tanta
,, sangre se ha derramado y derrama? ¿ Hasta qué
,, punto no se ha llevado el espíritu de tenacidad?
,, ¿ Quánto no se ha calcitrado y se calcitra con-
,, tra el aguijon? "

Hasta aquí el orador sofista no hace mas que desplegar el dogma de la Providencia, y el de la indefectibilidad de los divinos decretos de un modo bastante artificioso, complicado y obscuro, aunque muy capaz de inducir á una especie de fatalismo. Confunde las verdades de la fe para dar mas valor al sofisma; pero concretándose luego á las circunstancias del dia prosigue así:

,, Visteis la derrota de Tudela, sufristeis un
,, cerco de los mas horrorosos, rindióse Zaragoza,
,, ocuparon a Aragon las tropas francesas; y siem-
,, pre, qual otro Saulo, hay quien se oponga á
,, las disposiciones del Omnipotente; siempre hay
,, quien se calcitre, á pesar de que se manifieste
,, visiblemente la voluntad del Dios de los exér-
,, citos con tantos sucesos, tan prósperos para el
,, vencedor como aciagos para los obstinados. Ha-
,, beis visto posteriormente las dilatadas llanuras
,, de Belchite y María cubiertas de un inmenso
,, número de tropas, á quienes un puñado de
,, hombres acometieron, derrotaron y dispersaron,
,, tomándoles toda su artillería, sus bagages, sus
,, municiones, y haciendo un sin número de pri-
,, sioneros, y sin embargo todavía es su divisa

„ *contra stimulum calcitrare.* No, hijos, no basta „ esto para semejantes espíritus, ni bastan las der„ rotas parciales de Borja, Tarazona, el Treme„ dal y Teruel, con otras muchas, la menor de „ las quales habria bastado para desengañar á los „ mas ilusos y preocupados; ni bastan los 6 mil „ prisioneros que ha pocos dias habeis visto por „ vuestros mismos ojos. ¿ Pero qué ha de bastar „ quando en la misma época en que se rinde la „ mayor fortaleza de quantas exîstian en poder de „ los extraviados, se fingen exércitos, se suponen „ derrotas, se decantan triunfos, que solo exîs„ ten en la acalorada imaginacion de los que no „ conocen que sostener una lucha desigual es opo„ nerse á la voluntad de lo Alto, *calcitrare contra* „ *stimulum*? ¡ Obstinacion funesta! ¿ Qué lamenta„ bles conseqüencias no has producido? Dígalo „ Lérida, esa ciudad desgraciada á quien un asalto „ ha cubierto de los horrores que indispensable„ mente lleva consigo "

¡ Razonamiento especioso, aunque sagazmente seductor! razonamiento que ultraja á Dios en el mas esencial de sus atributos qual es la santidad, pues le hace autor de las revoluciones, de los famosos crímenes, de aquellas desgracias sensibles que derraman la amargura sobre nuestros dias; razonamiento, que baxo la idea de una providencia eficáz é inmutable en sus determinaciones, induce los hombres á la persuasion de la fuerza ir-

resistible del destino, condenándolos á la inaccion y á una fatal conformidad, y haciendo del cumplimiento de sus deberes un crímen contra la voluntad divina. ¡Blasfemia intolerable! pues atribuye á Dios las vexaciones y violencias de los tiranos, los ultrages y calumnias que nos deshonran, las injusticias y rapiñas que devoran nuestra subsistencia, en una palabra, la embidia, el rencor, la crueldad y la ambicion de los monstruos que violando con ellas las leyes mas santas, producen y causan en el universo los trastornos que ofrece la historia. No: no es esta la idea que habemos de tener de la divina Providencia, y un instante de reflexîon demostrará el error del razonamiento falso de aquel Obispo fanático.

En los grandes acontecimientos que cambian ó destruyen los imperios, que agitan ó aniquilan las naciones, conviene distínguir entre lo criminal y aflictivo respecto de los hombres. Dios no puede ser causa del crímen de que los perturbadores de los pueblos se hacen culpables quando procuran trastornarlos, esclavizarlos y perderlos; solamente es causa de todos los males con que los malvados afligen á nuestros semejantes por su crímen, crímen que unicamente puede recaer sobre ellos solos.

No quiere, ni puede querer, este Dios justo la traicion, la injusticia, el asesinato y el robo; pero quiere y ordena, que los buenos sean víc-

tima de las calamidades que de aquellos delitos resultan; y para hacer todavía mas sensible una verdad, que no obstante su evidencia, habrá muchos que la ignoren, sigamos un momento los rasgos brillantes y decisivos que presenta la Escritura, tanto del antiguo como del nuevo testamento.

Dios no quiso, sin duda, el orgullo insultante de los Filisteos, las injurias que hicieron al pueblo de Israël, y las profanaciones cometidas en el Arca santa; pero quiso que este mismo pueblo expiase con la pérdida de la batalla de *Apebc* las prevaricaciones de que se habia hecho reo; pero tambien quiso que Samuel anunciase en su nombre á toda la casa beligerante de Israël que se verian libres del poder del enemigo.

Dios no quiso la dureza inflexîble del tirano de Egipto, que hacia gemir á los Israëlitas baxo el peso de una servidumbre tan cruel como injusta; pero queria eficazmente la afliccion de aquel pueblo perseguido, ó mas bien, el mismo Dios era quien perseguia á su pueblo, no siendo Faraon mas que el ministro é instrumento de sus rigores; pero tambien quiso que Moyses se colocase al frente de este mismo pueblo, para romper las cadenas que le oprimian, recuperar su libertad y posesionarse de la tierra prometida.

Dios no quiso la soberbia intolerable del sanguinario Holofernes, los delitos horrorosos que

cometió en toda la tierra de Judá, y la venganza que meditaba contra los valientes de Betulia; pero quiso que este pueblo, dócil á la voz del Sacerdote Eliachim reconociese los pecados de sus padres y el castigo que les habia merecido; pero tambien quiso que perseverasen constantes en la defensa de la ciudad sitiada, seguros de una completa victoria.

Dios no quiso las impiedades de Antiocho, quando entrando en Jerusalen con su numeroso exército, arrebató del templo el altar de oro, los candeleros, los vasos sagrados, la mesa de los panes de proposicion, las coronas y ornamentos: quando, añadiendo la crueldad al sacrilegio, despojó á todos los habitantes, pilló los tesoros ocultos, sembró en toda la Judea la desolacion y el luto, queriendo luego sujetarla á la obediencia de sus leyes iniquas; pero quiso en esta adversidad del pueblo y ciudad santa hallar la expiacion y el remedio de los pecados cometidos; pero quiso igualmente que el zeloso Mathatias, al designar en su muerte á Simon y Judas como caudillos de la fuerza armada contra las injustas pretensiones del tirano, exhortase al pueblo y dixese: „La soberbia y el castigo se han robustecido; „llegado ha el tiempo de la desolacion y de la „ira: desplegad pues una noble emulacion en „la firme observancia de la ley y en dar la vida „por el testamento de vuestros padres: acordaos

„ de lo que estos practicaron en su tiempo, y
„ adquirireis grande gloria y un nombre eterno.
„ Despreciad el lenguage del malvado; su gloria
„ es estiercol y gusanos, hoy es exâltado, ma-
„ ñana no exîstirá, porque, vuelto el polvo que
„ le dió el ser, acabarán sus pensamientos locos.
„ Alentaos, obrad con la fortaleza que inspira la
„ ley, porque de ella depende vuestra gloria, y
„ vengareis la afrenta de vuestro pueblo."

Dios no quiso la negra perfidia de Saul, que le excitó á perseguir y acabar con el virtuoso David; pero quiso, que en esta persecucion, David compareciese afligido y humillado ante los hombres; pero igualmente quiso que este fuese un medio de triunfar de su encarnizado enemigo y ascender al trono de Israél.

Dios no quiso el ódio implacable de los perseguidores del nombre cristiano, los tiranos que inundaron la cuna de la Iglesia naciente con la sangre preciosa de tantos mártires; pero sí quiso que estas persecuciones terribles fuesen la porcion y divisa de los discípulos de la cruz, y quiso igualmente, que á su constancia en el padecer la Religion debiese el imperio que obtuvo sobre el universo.

Dios no quiso que el vengativo Don Julian abriese traidoramente á los moros la puerta de España, ni los horrores y sacrilegios que aquellos bárbaros cometieron en esta desgraciada nacion;

pero quiso hacer servir las conseqüencias del crímen de un vasallo al castigo del Monarca y de sus pueblos; pero quiso igualmente, que el insigne Don Pelayo, con algunos compañeros, fieles á su patria y á su ley, enarbolasen en las montañas de Asturias el estandarte de la libertad, vinculando en el noble teson y constancia de aquellos héroes la restauracion de la monarquía española; pero quiso en fin que, tentados en Cobadonga por un Obispo desertor, y argüidos de su necia temeridad, por unos principios muy conformes con la doctrina del predicante de Zaragoza, le respondiesen en nombre de la divina Providencia dándole en rostro con su perfidia y escandaloso error.

Dios no quiso que en los hermosos campos de Aragon, entregados al furor de las falanges africanas, se derramase tanta sangre de la tímida inocencia, sacrificándose á los niños, á las mugeres y ancianos, reduciéndose á cenizas los templos y edificios, y renovándose todos los horrores y tormentos del Lethéo; pero quiso que este Reyno, víctima como los restantes de España del azote general que á todos comprehendia, mitigase con la penitencia la dureza de los golpes; pero igualmente quiso, que el divino Pilar fuese un ástro de esperanza á los fieles Aragoneses, que resueltos á restaurar la libertad y gloria de su patria, salieron qual furiosos leones de la cueba de

Galion, sobre la vertiente septentrional del famoso monte Pano, para arrojarse intrépidamente á destrozar á sus enemigos.

Por último, Dios no ha querido, ni ha podido querer esa série tortuosa de crímenes, concebidos y executados en Bayona por el mas perverso de los hombres; ese cúmulo de perfidias contra un soberano aliado y amigo, contra una nacion noble, generosa y leal con el fin de degradarla, saquearla, esclavizarla y oprimirla; no ha querido ni ha podido querer esos robos, esos asesinatos, esos incendios, tantas profanaciones, violencias y atrocidades cometidas en nuestro suelo por unos monstruos superiores en ferocidad á los mismos tigres; pero ha querido y eficazmente quiere, que la España, acrisolada en esta amarga tribulacion, comparezca á sus divinos ojos purgada de los pecados de sus reyes y de los suyos propios. La voluntad expresa de Dios en el conflicto en que nos hallamos es, segun la fe, de someternos á la tribulacion, justamente merecida por nuestras culpas; volvernos contra ella sería un exceso de temeridad y de locura: cañas débiles delante de ese torrente impetuoso, si reusasemos seguir su curso nos arrastraría en pos de si: entónces si que irritando la ira del Omnipotente *calcitrariamos contra el aguijon* de la adversidad, inútil y criminalmente; llevariamos las cadenas del castigo, no como venerables cautivos carga-

dos de hierro por Jesu-christo, sino como infelices esclavos aprisionados con las ligaduras de la justicia humana; llenariamos los designios de la voluntad divina, no como los santos que glorifican al Señor en el cielo, sino como réprobos que lo blasfeman en el infierno.

Mas en medio de esta resignacion, triunfo espiritual del alma cristiana en la adversidad; en medio de las duras pruebas y aflicciones con que nos mortifica, haciéndonos beber hasta las heces el caliz de amargura que ha llenado la malicia de los hombres, quiere tambien soberana y eficazmente, que redoblemos el zelo en la fiel observancia de nuestros deberes. Quiere, que como cristianos, y en defensa de la fe, sacrifiquemos nuestros bienes, nuestra felicidad y nuestra exîstencia, debiendo todo esto ser únicamente empleado, conservado ó sacrificado en honor y por dependencia de la ley divina: quiere, que como súbditos y en defensa del Príncipe legítimo, cuya obediencia hemos jurado, derramemos, si fuese necesario, hasta la última gota de nuestra sangre, y como ciudadanos en defensa de nuestra patria que moramos por ella y por el testamento de nuestros padres: quiere, que á imitacion del zeloso Mathatias abandonemos las ciudades y huyamos á los montes antes que obedecer al moderno Antiocho y á sus satélites, por no oir el lamento de los esposos, los tristes ayes de las vírgenes,

los gemidos de los ancianos, los dolorosos clamores de los sacerdotes; y que preparados con la oracion, con el ayuno y el silicio salgamos á pelear contra esa caterva de malvados tan enemigos suyos como nuestros.

Que allá en los profundos arcanos de la eterna sabiduría no esté aun decretada la ruina de los impíos, ó para hablar con mas propiedad, que su orgullo armado y momentáneamente victorioso continúe por algun tiempo insultando á la virtud humillada al carro de sus triunfos; que dilatado el reyno de los delitos trastorne la faz del universo, que las monarquías caigan, los imperios desaparezcan, las dinastías antiguas sean reemplazadas por otras nuevas; el humilde discípulo de la Providencia, firme siempre como una roca en el cumplimiento de su deber, ha de prescindir absolutamente de todos los acontecimientos humanos. Arrebatado por el torrente de la vicisitud, sumergido en el profundo del mar, rodeado de las llamas abrasadoras del Etna, confundidos sus miembros entre los escombros de los edificios, sepultado, en fin, baxo las ruinas de su patria, conservará siempre el divino carácter de la religion, que en el tribunal del supremo Juez, donde todos debemos comparecer, acreditará su conducta, calificándole de siervo fiel á los preceptos de su señor. ¡Eh! ¿qué vendria á ser la moral cristiana, y qué concepto formariamos de su di-

vino autor, si esta regla eterna de nuestra conducta dependiese de la fuerza de los malos, ó si la violencia que estos hacen á los buenos fuese una expresion de la voluntad divina que nos ordenase ceder á los deseos del crímen?....

Escrito está que ni hay ni puede haber paz con los impíos; esta paz seria la paz funesta del alma privada de sensibilidad y de remordimientos, paz que nos haría estipular con todos los crímenes; que, reduciéndonos al yugo de la mas lamentable esclavitud, nos convertiría en instrumentos de esa monstruosa falange de ambiciosos ateistas para perseguir á nuestra Madre la Iglesia, destrozar el corazon de su venerable Pastor, corromper los principios de la moral pública, trastornar el órden y la paz de otros pueblos y encadenarlos á la misma suerte que sufren los demas. Paz, que prostituiria nuestra dignidad, nuestra nobleza, nuestra libertad, nuestra independencia, nuestra Religion, nuestro culto, nuestros respetables usos y costumbres, y quanto hay de mas sagrado entre los hombres. Paz, en una palabra, que nos habituaría á pensar y vivir como los esclavos de Bonaparte dexando para siempre de pensar y vivir como cristianos españoles.

Concluye el predicador exhortando á sus oyentes "á mantenerse en los principios de tranquilidad y obediencia, y lamentando la perniciosa conducta de aquellos, que á pesar de los repetidos

golpes que experimenta el partido *insurreccional*, continuan siempre en su error *calcitrando contra el aguijon.* "

Y nosotros concluimos tambien deplorando la obstinacion de este ministro infiel, que á pesar de los oráculos divinos, pretende que los reveses con que Dios nos aflige sean la regla de su voluntad y de nuestros deberes, y el triunfo de la fuerza y malicia de los hombres un motivo de ceder á la prevaricacion y al crímen. Concluimos diciendo al Oppas de Zaragoza lo que D. Pelayo dixo en iguales circunstancias al de Toledo: *anda Obispo desertor*, prostituye tu alma y tus talentos á esos ídolos de Belial; degrada tu santo ministerio con el vil incienso de la adulacion dirigido á unos malvados, arguye de necios y temerarios á los nobles defensores de la patria, del trono y del altar; que nosotros, llenos de confianza en la mano benéfica que nos prueba, en la justicia de nuestra causa y en la equidad de aquel que corona en fin la heroica constancia de la virtud, calcitraremos *contra el aguijon* de Bonaparte y de sus viles satélites hasta morir, restauraremos la libertad, la independencia y la gloria de nuestra patria, y el cielo y la posteridad nos colmarán de bendiciones.